

A los cien años de la primera expedición misionera

Queridas hermanas:

Al terminar los ejercicios espirituales vividos en Mornese con el Consejo General, he tenido la alegría de hacer una parada en el Puerto de Génova, en el año en que el Instituto celebra los 140 años de la primera expedición misionera de las Hijas de M^a Auxiliadora el 14 de noviembre de 1877.

En esta circular deseo compartir todo lo que este acontecimiento suscita en mi corazón.

Quiero, no solo hacer memoria de un pasado fecundo en el bien, sino de dejar hablar al pasado para dar nueva vida al presente y proyectarnos hacia el futuro. Quisiera que viviéramos la misma actitud de asombro y de alegría de nuestras primeras misioneras por un sueño que se realizaba entonces y que se cumple hoy. Este sueño es para nosotras una invitación a dejarnos contagiar de un empuje misionero nuevo, capaz de tener siempre encendido el valor y la alegría del anuncio evangélico, entendido como agua que mana en medio de realidades, con frecuencia áridas.

Por eso es necesario volver a los orígenes, a la fuente donde surgió nuestro carisma y redescubrir toda su riqueza. Es urgente, sobre todo hoy, en una sociedad “de memoria débil” y a veces indiferente hacia aquellos que han transmitido valores irrenunciables para la convivencia humana, social y eclesial. A nosotras nos toca redescubrir aquel fuego que ardía en el corazón de estas primeras misioneras, para vivir en el presente con sentido de responsabilidad y mirar al futuro con esperanza.

En este sentido agradezco a la consejera para las Misiones, sor Alaíde Deretti, y a sus colaboradoras, la carta mensual, documentada y que nos ha implicado, enviada a todas las inspectorías en preparación al 14 de noviembre de 2017.

Agradezco también a sor María Collino, que en su reciente libro: *La audacia de un sueño que se expande por el mundo*- nos presenta los rasgos esenciales de las seis primeras misioneras elegidas por don Bosco y algunas figuras de jóvenes de diversas culturas, donde el carisma salesiano ha sido sembrado por nuestras hermanas misioneras.

Queridas hermanas, acojamos la llamada a partir de nuevo, como Iglesia en salida, redescubriendo el rostro misionero del Instituto, en sintonía con las jóvenes y los jóvenes misioneros de otros jóvenes.

Os invito a recorrer juntas, con fe y esperanza, este camino con la certeza de que sabréis acogerlo y concretarlo con corazón misionero.

Iglesia en salida misionera

El Papa Francisco, en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, propone una Iglesia en salida como clave para la transformación de la misma Iglesia, por naturaleza, misionera. Nacida en Pentecostés, se fundamenta en el anuncio vivo y gozoso de Cristo Resucitado. Desde aquel momento, abre puertas y ventanas y se aventura por los caminos del mundo para hacer resonar por doquier este anuncio de salvación.

Además, toda la Biblia, a partir de Abraham, atestigua que es un pueblo en salida. Responder a la llamada, tanto para Abraham como para nosotros, significa dejar la propia tierra, las comodidades, las seguridades para fiarse de la Palabra: “¡Ve donde yo te indique”!

Hoy la dinámica del éxodo se impone con renovado vigor: salir, caminar, encontrar, sembrar son los verbos referidos al salir, la consecuencia del haber permanecido unidos en el Cenáculo. La intimidad de la Iglesia a la escucha de Dios – precisa el papa Francisco– es una intimidad itinerante, y la comunión “se configura esencialmente como comunión misionera” (cf EG n. 23).

La Iglesia misionera es la Iglesia de la audacia y de la esperanza; es la Iglesia en salida formada por discípulos misioneros que toman la iniciativa, se implican, acompañan, dan fruto y celebran (cf EG n. 24). Es una Iglesia que no permanece cerrada en sí misma. Si permanece aislada, enferma. Se lleva el anuncio evangélico fuera de los confines seguros, se arriesga, se encarna en las situaciones, se abaja frente al dolor, trata de sanar las heridas humanas, lleva consuelo y alivio. Es una Iglesia capaz de vislumbrar cada pequeña victoria, cada pequeño signo de esperanza y agradecerlo juntos al Señor. Para que sea así, es preciso – advierte el papa Francisco en más de una ocasión – una “pastoral en conversión” en cuanto que “no se pueden dejar las cosas como están”.

La fidelidad de la Iglesia al mandato misionero la mantiene joven y viva. Todo lo que no se renueva desde aquí, se vuelve estéril y caduco. La alegría de la Iglesia es la de estar entre la gente, inserta en el territorio, capaz de escuchar, dialogar, anunciar, despertar nueva esperanza, implicar en la dinámica del anuncio de la Buena Noticia y en el testimonio de la caridad.

Una Iglesia misionera es capaz de inculturarse, de adaptar el lenguaje para hacerse comprender. Sin olvidar nunca el corazón del Evangelio y su perenne novedad, se encarna en los límites humanos, para llegar al corazón de los hombres y de las mujeres de hoy.

Es una madre de corazón abierto que acoge a todos, privilegiando a los pobres, los olvidados y marginados, aquellos que no pueden pagarte (cf EG n. 48).

La Iglesia se nutre del mandato confiado por Jesús a sus discípulos: «Id pues, y haced discípulos míos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he enseñado. Y, he aquí, que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

Todo discípulo de Jesús es interpelado por este mandato. El papa Francesco nos desvela que se ha sentido interpelado de manera explícita. A una chica que le preguntaba por qué se había hecho jesuita, respondió: «Lo que más me ha gustado de la Compañía es la misionariedad, yo quería ser misionero». Sabemos que por motivos de salud no pudo ser enviado lejos, pero hoy es el sucesor de Pedro para recordar a toda la Iglesia su identidad y vocación misionera. Sobre todo, para testimoniarla.

Un Instituto con rostro misionero

Como Instituto compartimos la vocación misionera de la Iglesia. Reconocemos la verdad y la actualidad de las palabras del papa Francisco: «La misión está en el corazón mismo del pueblo, no es una parte más de mi vida, o un adorno que me puedo quitar, no es un apéndice, o un momento entre otros de la existencia. Es algo que no puedo arrancar de mi ser, si no quiero destruirme. Yo soy misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Es preciso reconocerse a sí mismos como marcados a fuego por la misión de iluminar, bendecir, vivificar, consolar, curar, liberar» (EG n. 273).

Palabras para nosotras, que nos comprometen particularmente desde el momento en que la misionariedad es dimensión esencial de la vocación salesiana (cf C 75).

Don Bosco, de hecho, al fundar nuestro Instituto, «le ha dado un fuerte impulso misionero» (C 1) y, por tanto, somos enviadas hoy a «mantener vivo el empuje misionero de los orígenes» (C 6).

Impulso y brío, son sustantivos cargados de significado; expresan movimiento, camino, estilo peregrino y esencial, libre de todo lo que ralentiza el avance de la Palabra de salvación. Son energía interior, fuerza espiritual que empuja al anuncio con la típica *parresia* que caracteriza a aquellos que se dejan guiar por el Espíritu Santo.

Queridas hermanas, quien sigue a Jesús está siempre en camino, no puede llevar una vida cómoda, “sedentaria”. El fervor, el fuego del Espíritu, cuando está, se ve, actúa, atrae. Las vocaciones misioneras pueden nacer sólo donde hay fuego que arde, donde vibra el espíritu se abren horizontes, como en Madre Mazzarello y en la primera comunidad de Mornese. Éste ha sido el secreto de la expansión de nuestro Instituto y de otros muchos Institutos en la Iglesia.

Han pasado 140 años desde la primera expedición misionera que tuvo lugar aquel lejano 14 de noviembre de 1877, a tan solo cinco años de la fundación del Instituto. Creo, sin embargo, que algunas referencias al clima de la primera expedición podrán “despertar” en nuestro corazón la alegría de sentirnos llamadas por Dios a difundir Su amor a todas las gentes, sobre todo a los jóvenes, con la misma sencillez y convicción de las primeras misioneras.

En el II volumen de la Cronohistoria encontramos páginas de una intensidad humana conmovedora y de iniciativa evangélica propia de los corazones enamorados de Dios. El 8 de septiembre de 1877 – fiesta de la Virgen y primer sábado del mes-, en Mornese se comunica la decisión de don Bosco de la primera partida de las Hijas de M^a Auxiliadora para América: la meta será Uruguay. Los corazones vibran de alegría y de gratitud a María por “la elección que ha querido hacer de estas pobres hijas para lanzarse a través del océano, a la redención de tantas almas sedientas de luz, de bien, de vida eterna”. Desde aquel momento, el fervor misionero en Mornese va en aumento- Hay una porfía general para hacer la petición misionera y «cada cuál se expresa de la manera más convincente, esperando ser contada entre las elegidas». Por fin, se conocen las primeras seis misioneras, con poca cultura, jóvenes e inexpertas, pero ricas del impulso del *da mihi animas cetera tolle* aprendido de don Bosco y transmitido con la vida en tierras desconocidas y ya amadas.

Imagino, queridas hermanas, el entusiasmo explosivo en toda la casa, la delicadeza de Madre Mazzarello para estudiar cada detalle y preparar convenientemente el viaje; sobre todo, intensificar la oración para afrontar esta gran aventura con fe y confianza en Dios.

Antes de la partida, Madre Mazzarello con dos de las nuevas misioneras, acompañadas por don Juan Cagliero, viven la experiencia del encuentro con el Papa Pío IX que deja a las misioneras como recuerdo «el ser como las grandes conchas de las fuentes, que reciben el agua y la vierten a favor de todos: conchas, es decir de virtud y de saber, para bien de sus semejantes. Y, con las dos manos sobre su cabeza, añade paternalmente:”Que Dios os bendiga, para que podáis hacer tanto y tanto bien!”».

Con la bendición del Santo Padre y con la protección de María auxiliadora, que tiene en brazos un gracioso Niño sonriente (conocemos bien la historia del cuadro llevado desde Turín hasta Uruguay), estas hermanas se preparan para afrontar el largo viaje.

Don Bosco y madre Mazzarello están allí, en el puerto de Génova para despedir, confortar y secar las lágrimas que, ellos mismos, a duras penas contienen.

«Madre Mazzarello visita camarote por camarote, litera por litera, para asegurarse que nada falta de cuanto pueda aliviar a las hermanas las incomodidades del viaje. Después, como si el corazón sintiera la necesidad de darse sin medida a sus hijas, a quienes piensa que no volverá a ver más, se entretiene con cada una en particular, les habla a todas juntas y se ingenia para llevarlas ella misma a donde está don Bosco, para que vuelva a decirles algunas de sus palabras tan inspiradas y eficaces».

Parten con un equipaje especial preparado cuidadosamente junto a la madre: mucha confianza en Dios, alegría de poder anunciar el amor de Jesús, humildad para acoger nuevas costumbres y nuevas culturas, disponibilidad para vivir los sacrificios sabiendo que el bien, en algunas situaciones, exige incluso, la cruz y el martirio, con la convicción de que cuando Dios pide: ¡pide todo!

Os remito a la Cronohistoria para saborear la belleza y la profundidad de aquella gran experiencia misionera que ha llevado la semilla del carisma a todo el mundo (cf II volumen de la Cronohistoria, pp. 236 - 297).

Toda comunidad, toda Hija de María Auxiliadora tiene rostro misionero. ¡Cuántas hermanas he encontrado en mis numerosos viajes que son, a todos los efectos, misioneras allí donde el Señor las llama a testimoniar Su amor: misioneras en plena actividad, misioneras en el sufrimiento y en la ofrenda, misioneras en la audacia apostólica.

Os expreso mi profunda gratitud a todas vosotras por la generosidad con la que vivís el *da mihi animas cetera tolle* en las diversas situaciones, con frecuencia complejas, áridas, y rezo al Señor para que continúe suscitando muchas vocaciones *ad gentes*. Las necesidades, en tantas partes del mundo, son inmensas y numerosísimos los jóvenes que todavía no conocen a Jesús ni su mensaje de salvación y tienen pocas oportunidades de recibir una educación integral adecuada.

Mientras agradezco a las inspectorías el don de las misioneras que cada año hacen al instituto, pienso en otras que estén dispuestas a partir con la misma audacia apostólica de las primeras hermanas, implicando a los jóvenes para ser, con ellos, misioneras de esperanza y de alegría.

Sé que pueden surgir objeciones al respecto, porque son muchas las necesidades de las inspectorías, muchas las exigencias pastorales, siempre insuficientes comparadas con las fuerzas con las que contamos. Madre Mazzarello no dudó en enviar a las hermanas a tierras lejanas a pesar de que también el Instituto tenía necesidad de ellas. El desarrollo de nuestra Familia religiosa ha comenzado con una pobreza compartida, que después se ha convertido en riqueza multiplicada en todo el mundo.

El papa Francisco nos recuerda que «la vida se potencia dándola y se debilita en el aislamiento y en la comodidad [...] crece y madura en la medida en que la donamos para la vida de los otros» (EG n. 10).

Queridas hermanas: ¿Por qué no ahora? ¿Nos falta la confianza? ¿Estamos demasiado metidas en nuestras urgencias, ciertamente reales, o se ha reducido nuestra mirada universal cultivada en Mornese?

Dejo a vuestra reflexión estos interrogantes para que se reavive en nuestros corazones, en nuestros ambientes, el fuego que nos hace ser comunidades en salida, abiertas a las peticiones de la Iglesia que, con frecuencia me llegan, y me piden que vayamos a anunciar el Evangelio, con el espíritu salesiano, allí donde todavía no es conocido.

Con los jóvenes misioneros de otros jóvenes

El Papa Francisco, en el mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2017, con espíritu profético, afirma que los jóvenes son la esperanza de la misión. La persona de Jesús y la Buena Noticia proclamada por Él siguen fascinando a muchos. Ellos buscan itinerarios a través de los que llenarse de valor y realizar los impulsos de su corazón al servicio de la humanidad. ¡Es hermoso constatar que los jóvenes son viandantes de la fe, felices de llevar a Jesús al camino, a la plaza, a cada ángulo de la tierra! En tantos lugares ofrecen su ayuda solidaria frente a los males del mundo y emprenden siempre formas nuevas de voluntariado.

En este sentido, me llegan ecos significativos de jóvenes que regresan a su país de origen después de un periodo, en contacto con realidades diversas, vivido al servicio de otros jóvenes, en tierra de misión o en lugares de pobreza de su propio contexto. Se trata de jóvenes que pertenecen a diversas Asociaciones de voluntariado, especialmente al VIDES, pero también chicos y chicas procedentes de muchos lugares que entran en red para expresar la solidaridad a favor de los grupos más débiles de la sociedad: niños y mujeres; jóvenes afectados por diversas formas de pobreza, entre ellas, la falta de sentido. Algunos hacen una experiencia en la Oficina de los Derechos Humanos en Veyrier y descubren que es posible comprometerse para apoyar y defender los Derechos Humanos en nombre del Evangelio y contribuir así, con su pequeña aportación, a la transformación del mundo. Os invito a potenciar las experiencias de voluntariado cuidando la preparación y el acompañamiento, durante y después de la experiencia, a su regreso a la vida cotidiana.

Como Hijas de M^a Auxiliadora, nos interpela, de modo especial, la pobreza educativa exigiéndonos actuar en la dimensión preventiva con propuestas que apuntan a la formación integral tratando de prevenir a los jóvenes de falsas o ilusorias promesas. Este camino es vía privilegiada para comunicar la alegría del Evangelio a los jóvenes. Cada una de nosotras puede hacerse la pregunta: ¿soy una persona que demuestra con su vida la alegría de ser habitada por Jesús y llamada a anunciarlo, arriesgando incluso la vida? En este sentido ¿cómo formamos a los jóvenes y cómo nos dejamos formar por ellos?

Siento en el corazón verdadera necesidad de agradecer a todas las personas que, con profunda intuición y competencia, crean redes de solidaridad, también como Familia Salesiana. Y un gracias especial a tantos jóvenes que se implican, en primera persona, en la construcción de una humanidad nueva.

En el mes de agosto, en Turín y en Mornese, he tenido la alegría de vivir la experiencia del confronto SYM 2017. Eran aproximadamente 250 los jóvenes del Movimiento Juvenil Salesiano procedentes de Europa y de Medio Oriente. En los lugares de los orígenes han respirado a pleno pulmón el espíritu de don Bosco y de madre Mazzarello y, para dar continuidad y concretar este evento, se han puesto disponibles para ser misioneros entre los jóvenes. «Desde este Confronto - han dicho – nos sentimos enviados como protagonistas de la visión, de la pasión y de la misión de don Bosco para vivir nuestro proyecto de vida en el mundo de hoy. Nos comprometemos a llegar a los demás jóvenes, especialmente a los más necesitados. ¡No tenemos miedo, porque Dios está siempre con nosotros! ¡Nuestro viaje comienza precisamente ahora!». Estos jóvenes me han llenado el corazón de esperanza.

Me alegré mucho también, de la iniciativa del Proyecto de Espiritualidad Misionera, realizado del 24 al 29 de agosto de 2017 en Montevideo (Uruguay). Se ha implicado por primera vez un significativo grupo de jóvenes con el objetivo de reavivar el fuego misionero de los orígenes, encendiendo en otros, el deseo de anunciar el Evangelio de Jesús con el testimonio de su vida. Esta iniciativa ha surgido de los mismos seglares que, después de haber vivido la experiencia del Proyecto Mornese en la que la dimensión misionera es evidente, me han pedido hacer con los jóvenes la experiencia del Proyecto de Espiritualidad Misionera.

Como Instituto nos estamos preparando para celebrar el próximo Sínodo de los Obispos programado para octubre de 2018, sobre el tema: Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Es una nueva llamada a “mirar” a los jóvenes con la misma mirada de Jesús, a creer en sus sueños, en sus posibilidades; una llamada a entrar en la complejidad de la cultura actual, en la que viven y buscar juntos, a través del acompañamiento educativo, oportunidades inéditas para hacerlos misioneros del Evangelio entre otros jóvenes. Hay un solo camino que recorrer para tomar en consideración este reto, que ha sido también el del CG XXIII: testimoniar que estamos enamoradas de Dios, que vibra en nosotras el “primer amor” y que deseamos anunciarlo con la vida, cultivando la pasión misionera en todos los ambientes. Dios nos quiere capaces de soñar como Él y con Él, mientras caminamos bien atentas a la realidad,

sin escuchar a quien, cínicamente apaga en el momento de nacer, cualquier entusiasmo y esperanza en la vida (cf papa Francisco, Audiencia general del 30 agosto 2017).

Mientras os escribo, queridas hermanas, estoy pensando que muchas de nosotras hemos conocido personas de esperanza que, quizás sin saberlo, han sido testigos sencillos y creíbles de una vida feliz, realizada y fecunda. Hemos tenido la gracia de encontrar misioneras FMA o misioneros SDB que nos han encantado, literalmente, con sus narraciones de vida, la frescura de su testimonio genuinamente salesiano. Yo misma he vivido con alegría, el tener un tío salesiano misionero en Canadá y, seguramente, su ejemplo y su oración han sido muy importantes en mi historia vocacional. Eran misioneros y misioneras de mucha oración, humildad, caridad, espíritu de sacrificio, entusiastas. Su sencilla narración, unida a la vida, constituía frecuentemente una provocación para quien les escuchaba, y en esta escucha maduraba la decisión: "Yo también quiero ser así".

En cualquier misión que nos venga confiada, también nosotras podemos ser mediaciones capaces de despertar auténticas vocaciones salesianas y misioneras. Hay tanta generosidad en los jóvenes, tanta solidaridad por los más pobres y marginados. Si los jóvenes están suficientemente motivados y si nosotras mismas estamos convencidas y felices de nuestra vocación, también ellos se abrirán a ideales más elevados y quizás, sigan a Jesús por este camino. En nuestra misión, os invito a presentar a los jóvenes, a los seglares, la realidad misionera del Instituto, porque existe una gran sensibilidad hacia esta dimensión, que es parte de nuestra vida de familia. Es el mejor modo de prepararnos a la celebración del 14 de noviembre de 2017.

Queridas hermanas, acoged estas reflexiones como una invitación a escuchar hoy la voz del Señor que llama a ir al encuentro de la gente, con la confianza de que Él nos abre horizontes universales hermosos, fecundos. María, la primera Misionera, está con nosotros y nos acompaña por senderos nuevos trazados por Dios.

Dios os bendiga.

24 de septiembre de 2017

Aff.ma Madre